

Sangre, sudor y lágrimas

Churchill y el discurso que ganó una guerra

JOHN LUKACS

T



Sangre, sudor y lágrimas

Churchill y el discurso que ganó una guerra

JOHN LUKACS

TRADUCCIÓN DE RAMÓN GARCÍA

COLECCIÓN NOEMA



Título original:

Blood, Toil, Sweat and Tears. The Dire Warning.

Copyright © 2008, John Lukacs. All rights reserved.

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2011

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

Winston Churchill, © Bettmann/CORBIS

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

ISBN EPUB: 978-84-15427-24-7

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

Para Michael

Hic parvum opus dedican

Tras el jinete cabalga la negra
Inquietud
Post equitem sedet atra cura

Horacio, Odas

I

No tengo nada que ofrecer,
salvo sangre, sudor y lágrimas

Ciertas frases son recordadas, invocadas con frecuencia, por muy diversos motivos. El significado que cobran con el tiempo, la veneración que se les tributa, son el único testimonio de su valor. Así ocurre con toda obra de arte, trátase de una pintura o una partitura, al margen de cómo fuera recibida en el momento de su aparición. Un mal poema no perdurará, uno bueno sí. Pero consideremos por un momento otra cuestión: ¿qué significado tenía en el momento de su publicación? ¿Ha cambiado desde entonces?

En 1940, varios de los discursos de Churchill alteraron el curso de la historia de Inglaterra, de Europa y del mundo. Pero no fue ése el caso de “Sangre, sudor y lágrimas”, al menos no el 13 de mayo de 1940, fecha en la que pronunció esas palabras.

Entonces, ¿por qué dirigir nuestra atención hacia ellas? ¿Por el sonido impresionante que cobran en retrospectiva? Sí, pero también por algo más. Proyectan un repentino halo subyacente –subyacente, no “superpuesto”– al sonoro timbre de la retórica de Churchill. Iluminan. Son el reflejo de

algo inmanente y aún presente en su coraje. Churchill exultaba de coraje en mayo de 1940; a algunos, especialmente en el Reino Unido, les impresionó; otros hubieran admitido ese coraje pero lo hubieran calificado en otros términos: coraje, puede ser, pero el coraje de alguien intoxicado por sus propias ambiciones, inconstante, voluble, alguien que proclamaba imprudentemente lo que los italianos hubieran denominado su *braggadocio*, o, para utilizar un concepto muy inglés, su “orgullo antes de la caída”. Llegado el momento, muchos de los hombres y mujeres decepcionados con Churchill descubrirían que estaban equivocados. Pero todavía no, no en esa fecha.

Lo que no sabían -y lo que muchos, incluidos ciertos historiadores, todavía no saben ni siquiera hoy, casi setenta años después- es que bajo el coraje de Churchill latía la comprensión de una catástrofe inminente, aún inimaginable para muchos: la de que era tarde, probablemente demasiado tarde, la de que Adolf Hitler estaba venciendo, iba a vencer, o estaba a un paso de vencer en la Segunda Guerra Mundial, su guerra.

*

Mayo de 1940: una fecha que pocos recuerdos despierta en la mayoría de los norteamericanos. Pero para los ciudadanos de aquellos países de Europa occidental que fueron invadidos y penetrados por los ejércitos de Hitler durante ese mes, la fecha atrae evocaciones densamente oscuras, y en ocasiones borradas a costa de un gran esfuerzo. En el caso de los británicos, la memoria de ese mayo de 1940 es menos compleja. Las noticias que llegaban del otro lado del Canal no eran buenas. Pero Churchill se había convertido en su Primer Ministro, la determinación de Churchill les fortalecía, formaban ahora una piña en torno a él, Churchill y su pueblo confiaban en que Inglaterra resistiría y alcanzaría el triunfo final. Durante

la guerra y tras ella, eso era lo que Churchill quería que tuviesen claro tanto ellos como todos los pueblos de habla inglesa: y en esos términos y acerca de ese periodo escribió sobre mayo de 1940 en su inimitable historia de la Segunda Guerra Mundial. Muy cierto, pero no *totalmente* cierto en mayo de 1940: ciertamente no el día 13 de ese mes. Y Churchill también *lo* sabía.

Sabía que Adolf Hitler estaba ganando la guerra. *Sug* guerra, que no era otra sino la Segunda Guerra Mundial. Al cabo de casi un siglo desde el estallido de la Primera Guerra Mundial, historiadores y no sólo historiadores siguen devanándose los sesos y debatiendo quién fue el principal responsable de lo ocurrido en 1914: Austria, Serbia, Alemania, Rusia, Francia, Gran Bretaña; monarcas, primeros ministros, embajadores, altos funcionarios, etc., etc. Todos ellos fueron responsables, en mayor o menor medida. Por lo que se refiere a 1939 no caben -no pueden caber- especulaciones de ese tipo. Un individuo, Hitler, desencadenó el conflicto. Las responsabilidades de otras personas y otros gobiernos en 1939 fueron, en el peor de los casos, las de omisión, no las de comisión.

Pero a Hitler no le agradó que, dos días después de que su ejército invadiese Polonia, los británicos (y los franceses) declarasen, aunque con cierto recelo, la guerra al Reich alemán. Esperaba que en el último minuto retrocediesen - como habían retrocedido un año antes, en Múnich- especialmente en ese momento, cuando la Unión Soviética de Stalin se había puesto de su lado y había firmado un pacto con él. Sin embargo, al fin, Gran Bretaña y Francia declararon la guerra: pese a que, como se revelaría más tarde, no estuvieran nada decididas a comprometerse a fondo en el combate. Pero la razón principal por la que Hitler eligió invadir Polonia y arriesgarse a una guerra con Gran Bretaña y Francia en septiembre de 1939 no era la obsesión de un fanático. Pensaba que el tiempo jugaba en su contra y en contra de Alemania. Tenía que cumplir su misión -la

dominación alemana sobre Europa oriental, y su consiguiente primacía sobre el resto del continente- antes de que las democracias occidentales tuvieran tiempo para rearmarse y reforzarse. Su amigo y aliado Mussolini le dio a entender que no era así: franceses y británicos no estaban preparados para una contienda de semejante envergadura. Pero, para Hitler, si la guerra era inevitable, mejor entonces que más tarde.^[1] Y no estaba del todo equivocado: en 1940, Francia capituló, e Inglaterra continuaba en buena parte desarmada.

Jugaba otro elemento en su mente, por lo que a la guerra se refería. No era una cuestión de tiempo sino de ideas. Hitler creía haberse adueñado en buena parte de Alemania (lo que en realidad no era del todo incierto) y que el pueblo alemán poseía en ese momento cualidades muy superiores a las de sus rivales. No eran cualidades de índole racial o física: eran mentales, no materiales; espirituales, no biológicas. Eran el resultado de su adopción y aceptación del nacionalsocialismo. Poco antes de mayo de 1940, Hitler dijo en una conversación con Goebbels que aquella guerra era una repetición, a mayor escala, de lo que había sucedido en Alemania antes de su llegada al poder. Durante las brutales escaramuzas callejeras, en los dos o tres años previos a 1933, un militante nacionalsocialista valía por dos o por tres de sus oponentes; digamos, por dos ingleses o tres franceses. No por la superioridad de su equipo y la mejor formación de los soldados alemanes, sino gracias a su determinación superior, su valor y el espíritu de sus soldados: porque la Wehrmacht, la Kriegsmarine, la Luftwaffe, más allá de sus diferencias y de los hombres que las dirigían, eran un nuevo modelo de ejército alemán. Hitler estaba convencido de que era inherentemente así. Pensaba que las relaciones y los conflictos entre estados, ejércitos y naciones guardaban semejanza con los conflictos entre individuos.^[2] Hasta 1933, estaba seguro de que, casi

inevitablemente, alcanzaría el poder en Alemania. Hasta 1940, creía que Alemania podría dominar a Europa. En mayo de 1940 tenía razones para contar con ello.

No era el único que pensaba en estos términos. Los alemanes de Hitler, escribía el churchilliano Robert Boothby, pocos meses antes, “son la encarnación de un *movimiento-joven, viril, dinámico y violento- que avanza irresistiblemente para imponerse sobre un mundo en descomposición, y esto debemos tenerlo permanentemente presente, pues en ello se cimienta más que en ninguna otra cosa el poder y la fortaleza nazi*”. *Alemania atrasa el reloj (Germany Turns the Clock Back)*: así tituló un perspicaz periodista americano, Edgar Mowrer, un libro certero que llegaría a coronar las listas de éxitos. Pero la realidad era exactamente la opuesta. Hitler había adelantado el reloj. Alemania era moderna: su industria, su ejército, su fuerza aérea superaban netamente a las de sus contrincantes. El Tercer Reich era más moderno que Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica, Francia o Inglaterra: sus víctimas y adversarios. En términos similares, la ideología del nacionalsocialismo era más moderna que la del liberalismo, el parlamentarismo y el marxismo: y el nuevo Reich era más moderno que las descoyuntadas repúblicas y las añejas monarquías constitucionales del continente europeo. La Alemania nacionalsocialista era -y seguramente también lo parecía- la encarnación de una corriente, quizá *la* corriente, del futuro. Millones de europeos así lo creían; y en mayo y junio de 1940 muchos millones más terminarían creyéndolo también.

En parte era oportunismo, una reacción de perplejidad frente a los asombrosos triunfos del ejército alemán; pero también había algo más. Se necesitaría un volumen de mil páginas para recapitular todas las pruebas que lo dejan patente, incluidos los posicionamientos y declaraciones de muchos pensadores, escritores y artistas, en muchos países de Europa. A lo largo de mayo, junio y julio de 1940 esas